

citó para esta noche en los profundos y... ¡allá voy...!

Entonces Teresa vació por su boca un largo rosario de prudentes observaciones.

—¡Ay, don Claudio!—decía—yo le quiero a usted como a hijo mío y le aconsejo por su bien. Esa mujer que le ha vuelto el seso, debe ser casada, cuando usted adopta tantas precauciones para verla; no sea usted tonto, no se enrede con mujeres casadas, porque es lo mismo que tomar pasaporte para el cementerio o para el presidio...

Cuando el pintor bajaba la escalera saltando los peldaños de dos en tres, aun oyó la voz de Teresa, que decía:

—Por la memoria de su madre, don Claudio, tenga usted juicio, que ya no es usted un niño...

Antúnez cruzó rápidamente la Plaza de Bilbao y siguió la calle de las Infantas; en la esquina se detuvo un instante para mirar hacia atrás, y vió la negra silueta de su patrona asomada al balcón, recortándose fuertemente sobre el fondo claro de la ventana; pequeñita, rechoncha, con su rostro mofletudo y vivaracho de jamona alegre; y aun le pareció percibir su vocecilla gangosa que repetía: «Tenga usted juicio, don Claudio, que ya no es usted un niño...» Después prosiguió su camino, deseando llegar pronto al fin.

Al principio se encontró un poco desconcertado; no se reconocía bajo su nuevo atavío; extrañaba aquellas alpargatas tan suaves, deslizándose sin ruido por las aceras; aquellos pantalones estrechos, aquella blusa que le azotaba las corvas, colgando sin gracia de sus hombros; aquella gorra, cuya visera proyectaba sobre sus ojos una sombra que le obligaba a mirar hacia arriba.

Acuciado por el anhelo de acudir puntualmente a la cita, invirtió menos de diez minutos en llegar al Circo de Colón, dentro del cual resonaban

las voces del público y los acordes de un vals ejecutado por una charanga: en aquella gran plaza desierta, rodeada de solares y de casas silenciosas, bajo aquel cielo espléndido y mudo cuajado de estrellas del Circo, con sus paredes ventrudas, su murmullo de gente, su música, las risas contrahechas de sus payasos y sus ventanas iluminadas, por las cuales salían bocanadas de aire cálido impregnado de olor a cuerpos humanos, parecía un globo reventando de vida y de luz.

Claudio continuó su marcha por el Paseo de Santa Engracia: al cruzar la Plaza de Chamberí, el aspecto de la iglesia y del Paseo del Cisne, trajo a su memoria aquellas impresiones que pusieron a su cariño novelesco y regocijado prefacio. Recordó la primera entrevista con Matilde; el aspecto sombrío de la iglesia, los frescos de Taberner, el angelote de las alas negras que revoloteaba en la bóveda, y el altar del *Cristo de los Arencones*; aquel Cristo lacio y esmirriado, que moría de inanición: el delicioso rato pasado en el café, fumando y charlando de amor, sumidos en esa penumbra discreta que tan bien favorece la explosión de las amorosas confesiones; la actitud de ella, sus gestos y los defectos que en él iba causando aquella verbosidad infantil y graciosa, sin vulgaridades ni giros retóricos... Y luego, aquel largo paseo alrededor del Hipódromo, andando despacio y hablando poco y a media voz; ella muy derecha, la cabeza levantada, mirando al cielo para mirarle a él, que iba embozado y con la vista vacilante puesta en las pupilas de ella; cogidos del brazo, sintiendo el calor de sus cuerpos, los estremecimientos de su carne y de sus nervios magnetizados por el deseo, el apresurado latir de sus corazones; hipnotizándose con el tacto y los ojos y el aliento de sus respiraciones entrecortadas: se veía subiendo un trozo de la

carretera que conduce a Chamartín, bordeando luego el Canal de Lozoya y finalmente, recordaba el tácito consentimiento que ella otorgó a sus ruegos diciendo que quería sentarse a descansar: la breve escena que precedió a la caída, y la posesión; aquella posesión rápida, brutal, sobre aquel suelo árido que parecía aumentar con su dureza la deleitosa intensidad del espasmo; aquel crispamiento epiléptico de todo su ser, saciando los deseos acumulados durante muchas horas en aquella mujer que perneaba para aminorar con su resistencia la vergüenza del vencimiento... Y todo ello tan de súbito, al aire libre, en medio de la llanura solitaria, bajo un cielo gris que daba sueño...

Las diez sonaban en el reloj de Nuestra Señora de los Angeles, cuando Antúnez llegó a la explanada que conducía en suave pendiente al hotelito de Matilde.

El campillo estaba desierto y sombrío, alumbrado únicamente por el tenuísimo resplandor de las estrellas, pues la luna parecía una resquebrajadura del cielo. Claudio se detuvo para examinar el escenario donde iba a moverse. A su espalda quedaban tres o cuatro casitas de un piso; a la derecha, el campo se dilataba perdiéndose bajo las negruras de la noche; a la izquierda estaba la carretera, cuyo alumbrado esparcía un reflejo nimbado a lo largo del camino; al fondo aparecía el hotelito de Matilde Landaluce, iluminado por un farol de petróleo.

Delante de la verja había un grupo de personas, discutiendo entre grandes voces y risas, el medio de aderezar un gazpacho servido en una gamella puesta sobre un veladorcillo que servía de centro a la reunión. En seguida vió a Matilde; estaba sentada de espaldas al campo: entre los demás semblantes iluminados por la mortecina

luz del farol, sólo reconoció el de doña Carolina, enjuto y grave, y hasta ceñudo, como si estuviera acordándose de él; y el de Pablo Estrada, inexpressivo, amarillento, como esculpido en boj. Los otros contertulios le eran desconocidos. Sin osar acercarse más y evitando atraer la curiosidad de la reunión, tendióse en el suelo esperando el desenlace de su aventura. Junto a doña Carolina había una mujer gruesa cuyas nalgas rebasaban del asiento de la silla; después, Matilde; más allá otras dos mujeres; joven y picante, una; jamona y vistosa, otra; a su lado un individuo calvo que tenía un pañuelo colocado a guisa de babero para restañar el sudor, y defender de manchas la pechera de su camisa; luego un joven que dirigía la conversación, y cerrando el círculo, Pablo Estrada.

Aquel mozalbete le pareció a Claudio feo, vulgar y antipático; con esa petulancia insufrible de los necios que lograron ser aplaudidos alguna vez. Todas sus chirigotas eran reidas estrepitosamente, y él, animado por tantos parabienes, continuaba hablando sin tino, muy ufano de su hegemonía. La conversación la sostenían él y Matildita Landaluce, que apuraba los traviesos recursos de su dialéctica para vencer; éste soltaba una frase, el otro la recogía y la devolvía aderezada con sabrosas ocurrencias, y así continuaban, hasta que, agotado el tema, buscaban otro, los demás les escuchaban, sorbiendo afanosos sus cucharadas de caldo y celebrando los chistes más agudos. El señor calvo era el único que no siempre reía de buena fe, como hombre educado que comprende la situación y finge un poquito por parecer bien; y Pablo Estrada, sumido en una pasividad de cabestro manso, sonreía silenciosamente, con una mueca que surcaba de arrugas profundas y paralelas su rostro amarillo.

Claudio Antúnez, tendido en el suelo y medio oculto tras una ligerísima elevación del terreno, seguía atentamente los incidentes de la conversación, y experimentaba, escuchando las carcajadas con que los circunstantes premiaban las ingeniosidades de Punto-Negro, el orgullo del padre que oye encomiar las facultades de su hijo único.

Insensiblemente, vencida su nerviosa inquietud por las fatigas del camino, empezó a sentir una deliciosa laxitud que iba enseñoreándose de sus miembros; el calor desprendido de aquel suelo caldeado por el sol; la brisa, acarreadora de olores campestres y de lejanos murmullos, que pasaba acariciando su frente ardorosa; el cielo, siempre mudo, ofreciéndose a sus ojos con esa monotonía augusta de lo eterno; la luz amarillenta de aquel farol que le producía un molesto escozor en el interior de los párpados, todo contribuyó a favorecer la sorpresa del sueño. Entonces pensó que sus amigos, estarían a tales horas en Fornos cenando con mujeres alegres, soliviantados por la bebida y la proximidad de la hembra, trasdando mientras él dormitaba echado en el suelo, como un filósofo de la antigua escuela peripatética que hubiese salido a meditar bajo la luz de las estrellas una nueva cosmogonía. Miró al cielo y lo halló más alto, y lanzando una mirada a ras de la tierra, le pareció que todo, casas, árboles, campos, se hundía hacia Oriente, y recordando el movimiento rotativo del mundo, bendijo la gravedad y la presión atmosférica, porque si la fuerza centrífuga venciere, su pobre cuerpo quedaría vagando por el espacio, describiendo eclipses alrededor de algún sol ignorado... Así pasó largo rato, entregado a aquel soliloquio pueril; luego dió media vuelta, procurando distinguir a Matilde; pero sus ojos sólo percibieron una

luz confusa, y al fin esta postrera impresión se borró también, quedándose dormido.

Cuando despertó se incorporó bruscamente, azorado, creyendo que ya amanecía; estaba solo, y los campos se le antojaron más oscuros y el cielo más triste; los hoteles yacían cerrados y mudos: ni una voz en su interior ni una luz en sus ventanas. Antúnez se levantó furioso contra aquella soñarrera estúpida que había esterilizado su viaje, y presumiendo que nadie le atisbaba, se acercó al pabellón de la derecha, junto al cual Matilde había escogido un ladrillo para buzón de su amorosa correspondencia. Avanzó cautelosamente, conteniendo la respiración: de pronto vió abrir la ventana y dibujarse una silueta en la sombra: la cabeza de alguien que estaba acechándole, e instintivamente dió un paso atrás recelando una traición y apercibiéndose a la defensa. Era Matilde Landaluce, que le esperaba; Claudio la reconoció en seguida y se acercó a la reja.

—Punto-Negro—murmuró.

Ella, presa de un terror pánico, también aproximó el rostro, abriendo mucho los ojos.

—¡Chist, hijo mío...!—dijo—¡qué sustos he pasado...!

—¿Y Pablo?

—Arriba, durmiendo como un lirón; me deslicé de la cama con tal habilidad, que nadie me ha sentido. ¡Chico, qué bien...! parece que he estado ensayándolo.

Claudio Antúnez, preocupado por la proximidad del farol, lanzó una mirada inquisitiva al campo, sumido en tinieblas impenetrables: después se estrechó contra la reja cuanto pudo.

—Punto-Negro—dijo—, ¡si pudieras salir...!

—Vamos, no digas horrores; estoy en camisa, a trueque, con tal de verte, de coger una pulmonía...

Acercó su carita a los barrotes de la ventana : tenía la mirada brillante, el rostro desfigurado por la emoción y el frío, el pelo caído sobre la frente, la boca entreabierta, mostrando sus dientes blancos y pequeños de lobezno... Claudio la sobajaba oprimiendo entre sus dedos las turgencias de su carne, y ella se rendía poco a poco al dulce contacto; había dejado caer la camisa con que hasta allí se recató el pecho, y el farol iluminaba con desmayados temblequeos de lámpara funeraria, las enloquecedoras reconditeces de su cuerpo, realizándolas bajo el goloso misterio de la penumbra.

—Márchate — murmuró— ; esto es jugarse la vida a cara o cruz.

—Ven—repuso el pintor atrayéndola hacia sí.

—No me soliviantes, Claudio : pierdo la cabeza con tus maruserías.

Ella razonaba aún ; pero Antúnez, sumido en un marasmo voluptuoso que le arrebatava todo discurso, no la oía.

—Ven, ven.—repitió.

Y para facilitar su victoria la acariciaba, despertando su carne que dormitaba cohibida por la emoción del lance y el frío de la noche ; y Matilde, cediendo siempre, se estrechaba contra la reja, desnudita, anhelante, sin fuerzas para hablar... Así continuaron, las bocas juntas y los ojos del uno puestos obstinadamente en los del otro, atraídos por un vértigo pasional, mezclando sus alientos, abrazándose a despecho de aquella reja fría y dura que les separaba.

—Ven—insistió Claudio.

—Hoy, no ; mañana... yo te juro por mi amor que nos reunimos en Madrid.

Hablaban muy bajo, en tono casi imperceptible, que daba mayor hechizo a sus palabras ; y como tenían que acercarse mucho para oírse, se besaban hablando.

—No, mañana no — repuso Antúnez—, ahora, ven... sal por el jardín.

Y continuó besándola y oprimiendo entre sus manos incansables, aquellas carnes frías y duras que se estremecían ; divina melopea del amor coreada por el prolongado susurro del viento entre los árboles y el solemne epitalamio entonado por los insectos bajo la hierba...

Matilde cedió.

—Bueno—dijo—, espera ; voy a vestirme una ropita que tengo aquí ; retírate a un punto obscuro donde nadie te vea.

Claudio se alejó, ocultándose lejos del indiscreto farol, impaciente, fluctuando entre el deseo de la posesión y el justificado temor de una sorpresa. Luego oyó chirriar la verja en que tenía puestos el alma y los ojos, y apareció Matilde ; cuando se juntaron, la joven estaba tan emocionada que no podía hablar y permanecieron largo rato abrazados y mudos : ella, vestida con una faldita de percal gris y un corpiño encarnado ; él, con su larga blusa y sus alpargatas, formando un grupo originalísimo. Después avanzaron algunos pasos, buscando una hondonada para sentarse.

—¿Me quieres, Punto-Negro?

—Chiquito, con tres o cuatro hazañas como ésta, me quitas la vida...

Alargó el cuello para besarle, pero se detuvo.

—¿Oíste?... Parece que alguien se acerca.

Claudio miró hacia el hotel, cuya verja había quedado entreabierta.

—No, el ruido viene de Madrid — añadió ella procurando colocarse de rodillas.

Escucharon : en efecto, rompiendo el silencio de la noche, oían las pisadas de alguien que avanzaba por el campo resbalando sobre la arena del camino.

—¿Irán a mi casa?—murmuró ella.

El ruido de las pisadas crecía.

—Será algún matutero—dijo Claudio.

Después apareció la silueta de un hombre que iba en dirección al Hipódromo; le vieron surgir del fondo negro, alejarse; desaparecer; luego oyeron el eco cadencioso de sus pasos que disminuía, y entonces volvieron a abrazarse con la fruición del que ha burlado un gran peligro.

—¡Chico, qué bien?...

—Así deseaba yo poseerte — murmuró Claudio—, así, en el campo y al aire libre y de noche; una noche como ésta, diáfana, para que las miríadas de mundos que ruedan por el infinito fuesen testigos de nuestro amor, y para contemplarlos a todos ellos reflejados ahí, en el fondo de tus pupilas enamoradas. Un amor como el nuestro no merece vivir preso eternamente en las estrecheces de una alcoba; merece por dosel el cielo, y por tálamo la tierra fecunda...

Ella languidecía y tendida en el suelo se abandonaba, escuchando arrobada aquel canto de amor. Claudio hablaba, enardeciendo su pasión con el fuego de sus palabras.

—Abre tus ojos, prenda mía, que yo te los vea; aproxima tu boca, Punto-Negro, que yo te la bese...

Matilde se estremecía, ronroneando como una gata: el viento soplaba mansamente: de la tierra caldeada por los rayos solares, ascendía un vaho trastornador que encendió la sangre; los hierbajos del campo agostado, vivificados por el hábito bienhechor de la noche, exhalaban olores acres, lujuriantes, de un mundo en germinación. Aquellas horas en que el cosmos parecía aletargarse en un reposo paradisiaco, son las escogidas por la humanidad para sus amorosos delirios, horas fecundas en que las flores abren sus pétalos para recibir en su pistilo el polen generador, y los in-

sectos se llaman con el sordo ruidito de sus élitros, y se buscan y persiguen bajo la hierba para perpetuar sus especies en infatigables maridajes. Sólo velan los sabios persiguiendo alguna fórmula rebelde y fugitiva, o el artista que prolonga su labor hasta la madrugada; horas de fiebre delirante en que el Genio y la Gloria duermen juntos: el resto de la creación reposa; la Tierra parece un inmenso tálamo donde millones de seres rinden culto al amor, y las estrellas, los eternos lumináres encendidos sobre la cámara nupcial de lo inmenso.

Claudio y Matilde, reclinados el uno en brazos del otro, aspiraban la brisa frescachona, oliendo los perfumes acres de las flores, contemplando aquellos mundos que forman el maravilloso engranaje de la máquina cósmica, y que giran eternamente atrayéndose y rechazándose, cual si entre ellos mediasen corrientes simpáticas y la ley descubierta por Newton fuese la fórmula matemática en que el genio del milagroso astrónomo inglés encerró la explosión del amor universal que preside el movimiento de los sistemas planetarios. Ellos presentían los innumerables sacrificios que en momentos tales ofrecían los seres enamorados a Venus Afrodita, y el amor de la Tierra lo aspiraban en las bocanadas de viento; y la pasión que inflamaba los mundos lejanos, en los dulces parpadeos de su luz pálida... En todo esto pensaban besándose, gozando el voluptuoso contacto de bocas húmedas, esperando aumentar la intensidad del deleite con la prolongación del deseo. El, entre tanto, continuaba hablando, sugestionando a su querida con el mágico afrodisíaco de sus palabras.

—Te quiero más que a la gloria, la diosa invisible a quien dediqué mi gratitud. Tú eres mi redentora, Punto-Negro, mi guía: ¿cómo no amar-

te, si yo era antes un hombre desequilibrado y caótico que estuvo en borrador, hasta que tú, con tu habilidad, me pusiste en limpio, definiendo mis pasiones?...

Y tras aquellas frases vinieron muchos besos y una posesión delirante, que la dureza del suelo hizo más rabiosa: ella, en el paroxismo del deleite, suspiraba con estertores agónicos, mientras él saciaba su pasión con las piernas rígidas y los brazos abiertos, como si, estimando que el cuerpo de una mujer era incapaz de resistir su pasión, quisiese gozar a la Tierra y engendrar nuevos mundos en aquel abrazo supremo... Después, ya más tranquilos, continuaron besándose llenos de mutua y voluptuosa gratitud.

—Chico, ¡qué bien!...

Claudio la miraba gravemente y como en sueños. Hubo una pausa: luego, domado el carnal deseo, Matilde Landaluce se levantó asustada.

—Me voy — murmuró—; tengo un miedo espantoso, ¿eh?... Adiós, bien mío...

El pintor no se movió.

—Y, ¿hasta cuándo?—dijo.

—Ven mañana a la misma hora, y veremos lo que sucede... Ea, adiós, adiós..

Y echó a correr, recogiendo las faldas para no pisárselas; torció un poco a la izquierda, sorteando los accidentes del terreno y esfumóse entre las sombras: luego Antúnez la vió reaparecer junto a la verja, con su faldita de percal y su chaquetita roja, y abismarse en las tinieblas del jardín sin volver la cabeza.

Entonces Claudio atravesó la explanada y ganó la carretera, dirigiéndose hacia Madrid. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos de la blusa y los ojos bajos, saboreando su flamante aventura, y meditando en su cita próxima, en las palabras de Matildita, la chispeante y soboncita ti-

ranuela de su albedrío, en cuyos brazos hubiera deseado generar un mundo donde poder vivir después con ella; en el aburrido amor de Amparito Guillén y en mil recuerdos más, concatenados con estos términos extremos de su discurso, y que iban produciéndole indefinible quebranto.

Los primeros resplandores matutinos le alcanzaron en la Glorieta de Quevedo; las calles estaban limpias, oreadas por el fresco vientecillo del amanecer; se detuvo un instante junto a la farola y miró hacia atrás: la calle de Bravo Murillo se extendía en línea recta, entre dos filas de árboles; a lo largo de ella brillaban los rieles del tranvía, extendidos paralelamente y muy próximos, pero sin coincidir jamás, como muchas almas mal casadas. Allá lejos quedaban su amor, sus ilusiones más preciadas; pero el Destino disponía los acontecimientos de otro modo y Claudio Antúnez siguió andando...

Decía Napoleón, que el hombre dominado completamente por una hembra, ni es hombre ni es nada: sin duda Napoleón había olvidado que la Gloria, por quien tanto luchó, tenía nombre de mujer...

XI

Como no tenían otro medio de verse, la obscura explanada de Cuatro-Caminos substituyó a la alcobita de Antonia Carrasco: y así se alegraron, porque la soledad del lugar, la dureza del suelo convertido en tálamo, y los peligros que consigo traían aparejados tan arriscadas citas, embellecían con el sabroso pique de lo raro y de lo nuevo.

Aquellas horas de espera que Claudio entretenía fantaseando, eran interminables; las oía sonar en el reloj del inmediato convento, luego las